

—He estado enfermo, —respondió.

—Deberías, por lo menos, haberme avisado.

—No valía la pena; además, había tenido multitud de arreglos, citas, visitas...

Desde entonces llevó una existencia doble, durmiendo religiosamente en casa de la Mariscal y pasando la tarde en casa de la señora de Dambreuse, tanto que apenas le quedaba en el centro del día una hora de libertad.

El niño estaba en el campo, en Andilly. Iban á verle todas las semanas.

La casa de la nodriza estaba situada en lo alto del pueblo, al fondo de un patinillo sombrío como un pozo, paja por el suelo, gallinas acá y allá, una carreta de legumbres en el cobertizo. Rosanette empezaba por besar frenéticamente á su angelote, y excitada por una especie de delirio, iba y venía; intentaba ordeñar la cabra, comía pan bazo, aspiraba el olor del estiércol, quería poner un poco en su pañuelo.

Daban grandes paseos; ella entraba en casa de los jardineros, arrancaba las ramas de lilas que colgaban por fuera de los muros, y gritaba: «Arre, borriquillo» á los asnos que tiraban de los carretones, deteniéndose á contemplar por la reja el interior de los grandes jardines; ó bien la nodriza cogía al niño, le ponían á la sombra debajo de un nogal, y las dos mujeres,

largaban, durante horas enteras, pesadas necesidades.

Federico junto á ellas, contemplaba los cuadros de las viñas, en las pendientes del terreno, con la copa de un árbol de trecho en trecho, y los polvorientos senderos parecidos á cintos grises; las casas en medio del verde acusaban manchas blancas y rojas; y á veces, el humo de una locomotora se alargaba horizontalmente, al pie de las colinas cubiertas de follaje, como gigantesca pluma de avestruz cuya ligera punta volara al viento. Después posaba sus ojos en su hijo. Figurábasele joven; sería su compañero; quizás se convertiría en un tonto, un desgraciado seguramente. La ilegitimidad de su nacimiento le oprimiría siempre; más le hubiera valido no haber nacido, y Federico murmuraba: «¡Pobre niño!» con el corazón lleno de una incomprensible tristeza.

Con frecuencia perdían el último tren. Entonces la señora de Dambreuse le reñía por su inexactitud; y él le contaba una historia.

Preciso era inventar otra para Rosanette, que no comprendía en qué empleaba las noches; y cuando enviaba á su casa nunca estaba. Un día que se encontraba en ella, ambas se presentaron casi á la vez; obligó á marcharse á la Mariscal y escondió á la señora de Dambreuse, diciéndole que iba á venir su madre.



Pronto llegaron á divertirle aquellas mentiras; repetía á la una los juramentos que acababa de hacer á la otra, les enviaba ramos semejantes, les escribía al mismo tiempo; luego establecía comparaciones entre ellas; pero siempre había una tercera presente en su pensamiento. La imposibilidad de ternura le justificaba por sus perfidias, que avivaban el placer con la alternativa; y cuanto más engañaba á cualquiera de las dos, más la amaba, como si sus amores se hubiesen reanimado recíprocamente, y por una especie de emulación, hubiera cada una querido hacerle olvidar á la otra.

—Admira mi confianza—le dijo un día la señora de Dambreuse, desdoblando un papel en que se le denunciaba que el Sr. Moreau vivía conyugalmente con una cierta Rosa Bron. ¿Sería quizás la señorita de las carreras?

—¡Qué absurdo!—contestó—Déjame ver.

La carta, escrita en caracteres romanos no estaba firmada. La señora de Dambreuse, al principio, había tolerado aquella amante que ocultaba su adulterio; pero habiendo aumentado su pasión, exigió una ruptura, cosa hacía mucho tiempo realizada, según Federico. Cuando hubo terminado sus protestas, replicó ella, entornando los ojos en que brillaba una mirada semejante á la punta de un estoque bajo museлина:

—Bueno, ¿y la otra?

—¿Qué otra?

—La mujer del de las porcelanas.

Se encogió él de hombros desdeñosamente, y ella no insistió.

Pero un mes más tarde, hablando de honor y lealtad, elogiando él la suya (de una manera incidental, por precaución), dijo ella:

—Es verdad; eres honrado, no vas ya por allí.

Federico; que pensaba en la Mariscalá, balbuceó.

—¿A dónde?

—A casa de la señora de Arnoux.

Suplicóla él que le confesara por qué conducto tenía la noticia. Era por su costurera del segundo, la de Regimbart.

¡Así, ella conocía su vida y él nada sabía de la suya!

Sin embargo, había descubierto en su tocador la miniatura de un señor de largos bigotes; ¿era el mismo de que en otro tiempo le habían contado una vaga historia? Pero no existían medios de saber más de aquello. Además, ¿de qué serviría? Los corazones de las mujeres son como esos mueblecitos de secreto, llenos de cajones embutidos unos en otros: se molesta uno, se rompe las uñas, y en el fondo se encuentra alguna flor seca, restos de polvo ó el



vacío. Y quizás temiera también llegar á conocer demasiado.

Obligábale ella á rehusar las invitaciones para sitios adonde no pudiera ir sin él, le tenía á su lado, tenía miedo de perderle; y á pesar de aquella unión cada día mayor, se descubrían repentinamente abismos entre ellos, á propósito de cosas insignificantes, la apreciación sobre una persona, una obra de arte.

Tenía una manera de tocar el piano correcta y dura. Su espiritualismo (la señora de Dambreuse creía en la transmigración de las almas á las estrellas) no le impedía llevar su caja admirablemente. Era altanera con sus servidores, sus ojos permanecían siempre secos ante los harapos de los pobres. Un ingénito egoísmo se manifestaba en sus frases ordinarias: «¿Qué me importa eso? ¿Qué bueno estaría! ¿Tengo acaso necesidad?» y mil pequeños actos inanalizables, odiosos. Sería capaz de escuchar detrás de las puertas; debía mentir á su confesor. Por espíritu de dominación, quiso que Federico la acompañase los domingos á la iglesia; obedeció y le llevaba el libro.

La pérdida de su herencia la había cambiado notablemente. Aquellas pruebas de dolor que se atribuían á la muerte del Sr. Dambreuse la hacían interesante, y como en otro tiempo, recibía mucha gente. Desde el fracaso electoral

de Federico ambicionaba para ellos dos una legación en Alemania; así que la primera cosa que había que hacer era someterse á las ideas reinantes.

Unos querían el Imperio, otros á los Orléans, otros al conde de Chambord; pero todos convenían en la urgencia de la descentralización, y se proponían muchos medios como estos: cortar á Paris en una porción de grandes calles para establecer en ellas pueblos; trasladar á Versalles la residencia del Gobierno; llevar las escuelas á Bourges, suprimir las bibliotecas; confiarlo todo á los generales de división; y se elogiaba el campo, puesto que naturalmente el hombre inculto tiene mejor sentido que los demás. Los odios abundaban: odio contra los maestros de escuela y contra los comerciantes de vino; contra las clases de filosofía, contra los cursos de historia, contra las novelas; los chalecos encarnados, las barbas largas, contra toda independencia, toda manifestación individual; porque; era preciso «levantar el principio de autoridad»; que se ejerciera en cualquier nombre, que viniera de cualquier parte; con tal que fuese la fuerza, la autoridad. Los conservadores hablaban ahora como Sénecal. Federico no comprendía ya; y encontraba en casa de su antigua amante las mismas cuestiones, planteadas por los mismos hombres.



Los salones de las cortesanas (de este tiempo data su importancia) eran terreno neutral donde los reaccionarios de extremos diferentes, se encontraban. Hussonnet, que se consagraba á denigrar las glorias contemporáneas (buena cosa para la restauración del orden) inspiró á Rosanette el deseo de tener sus reuniones como cualquiera otra; él hacía las crónicas. Primero le llevó un hombre sério, Fumichon; después apareció Nonancourt; el Sr. de Grémonville, el Sr. de Larsilloix, exgobernador, y Cisy, que por entonces era agrónomo, bretón y más que nunca cristiano.

Venían, además, antiguos amantes de la Mariscal, como el barón de Comaing, el conde de Jumillac y algunos otros; la libertad de sus maneras ofendía á Federico.

Para manifestarse el amo, aumentó el tren de la casa. Tomó entonces un groom, se cambió de alojamiento, y se tuvo un mobiliario nuevo. Aquellos gastos eran útiles para hacer que pareciera su matrimonio menos desproporcionado con su fortuna. Así disminuía espantosamente; y Rosanette no comprendía nada de aquello.

Burguesa salida de su esfera, adoraba la vida doméstica, un pequeño interior apacible. Sin embargo, estaba contenta con recibir «un día»; decía: «Esas mujeres», hablando de sus seme-

jantes: quería ser «una señora de la buena sociedad», se creía de ellas. Rogó á Federico que no fumara en el salón, intentó que comiera de vigilia, por buen tono.

Mentía á su papel, por fin, porque se hacía seria, y hasta antes de acostarse, manifestaba siempre alguna melancolía, como hay cipreses á la puerta de una taberna.

El descubrió la causa de todo aquello: soñaba con casarse; ¡ella también! Federico se exasperó. Además, recordaba su aparición en casa de la señora de Arnoux, y por último le guardaba rencor por habersele resistido tanto.

No por esto dejaba de averiguar quiénes habían sido sus amantes. Ella los negaba todos. Una especie de celos le agitaba; se irritó por los regalos que había recibido, que recibía; y á medida que el fondo mismo de su persona le mortificaba más, con gusto de los sentidos, áspero y brutal, le arrastraba hácia ella, ilusiones de un minuto que se resolvían en aborrecimiento.

Sus palabras, su voz, su sonrisa, todo acabó por desagradarle, sobre todo sus miradas, aquel ojo de mujer eternamente límpido é inepto. Tan hastiado se encontraba á veces, que la hubiera visto morir sin conmoverse. ¿Pero cómo incomodarse? Era de una dulzura desesperante.

Volvió Deslauriers, y explicó su perma-



nencia en Nogent, diciendo que trataba de adquirir allí un estudio de abogado. Federico se puso contento con verle; ¡al fin era alguien! Y le introdujo en la intimidad de aquella compañía.

El abogado comía en casa de ellos de cuándo en cuándo, y cuando se producían pequeñas discusiones, se declaraba siempre por Rosanette, hasta tal punto que Federico le dijo en una ocasión:

—Y acuéstate con ella, si eso te agrada; tanto deseaba una casualidad que le libertara.

Hacia mediados del mes de Junio, recibió ella un aviso del abogado Atanasio Gautherot, invitándola á pagar cuatro mil pesetas debidas á la señorita Clemencia Vatnaz; si no, vendría á embargarla al día siguiente.

En efecto, de los cuatro pagarés suscritos en otro tiempo, solo uno estaba satisfecho; porque el dinero que desde entonces pudo allegar pasó á otras necesidades.

Corrió á casa de Arnoux; vivía en el barrio Saint-Germain, y el portero ignoraba la calle. Se trasladó á casa de muchos amigos y no encontró á nadie, volviendo desesperada. No quería decir nada á Federico, temblando porque aquella nueva historia perjudicara á su matrimonio.

Al día siguiente por la mañana, el señor Ata-

nasio Gautherot se presentó, acompañado de dos acólitos, el uno descolorido, de semblante desmirriado, aire devorado por la envidia; el otro con cuello postizo y trabillas muy estiradas, con un dedal de tafetán negro en el índice; y ambos innoblemente sucios, cuellos grasientos y mangas de levita demasiado cortas.

Su principal, guapo mozo, por el contrario, empezó por disculparse de su penosa misión, mirando de paso la habitación, «llena de lindas cosas, palabra de honor», y añadió: «además de aquellas que no se pueden coger.» A un gesto suyo, desaparecieron los dos corchetes.

Entonces redoblaron sus cumplimientos. ¿Podía creerse que una persona tan encantadora no tuviera un amigo serio? Una venta judicial era una verdadera desgracia, de la que jamás se levanta uno. Trató de asustarla, y después, viéndola conmovida, adoptó súbitamente un tono paternal. El conocía el mundo, había tenido negocios con todas aquellas señoras, y al nombrarlas se puso á examinar los cuadros de las paredes; antiguos del bravo Arnoux, bocetos de Sombaz, acuarelas de Burieu; tres paisajes de Dittmer. Rosanette no sabía evidentemente los precios. El Sr. Gautherot se volvió hacia ella y le dijo:

—Vaya; para demostrar á usted que soy un buen muchacho, hagamos una cosa: cédame us-



ted esos Dittmer y yo lo pago todo. ¿Convenido?

En aquel momento, Federico, á quien Delina había instruído en la antesala y que acababa de ver á los dos satélites, entró con el sombrero puesto y un aire brutal. El Sr. Gautherot, recobró su dignidad, y como la puerta había quedado abierta:

—Vamos, señores, escriban ustedes. En la segunda pieza, decíamos: una mesa de roble, con sus dos suplementos; dos aparadores...

Federico le detuvo, preguntando si no había algún medio de impedir el embargo.

—Perfectamente; ¿quién ha pagado los muebles?

—Yo.

—Pues bien, formule usted una reivindicación esto siempre será ganar tiempo.

El Sr. Gautherot acabó de prisa sus escritos, y en el proceso verbal, citó en relación á la señorita Bron, y se retiró.

Federico no dirigió un solo reproche. Contemplando sobre la alfombra las huellas de barro dejadas por los zapatos de los corchetes, se dijo á sí propio:

—Va á ser preciso buscar dinero.

—¡Ay, Dios mío, qué bestia soy!—dijo la Mariscalá.

Buscó en un cajón, cogió una carta y se fué

corriendo á la Sociedad de alumbrado del Languedoc, para obtener la transferencia de sus acciones.

Una hora después volvió. Los títulos habían sido vendidos á otro! El empleado le dijo al examinar su papel, la primera escrita por Arnoux: «Este acta no la constituye á usted propietaria de ninguna manera. La Compañía no reconoce esto». En resumen, que la había despedido; estaba sofocada; y Federico debería ir en aquel mismo instante á casa de Arnoux para aclarar la cosa.

Pero Arnoux creería, quizás, que iba para recobrar indirectamente las quince mil pesetas de su hipoteca perdida; y luego aquella reclamación á un hombre que había sido el amante de la que lo era suya ahora, le parecía una vergüenza. Eligiendo un término medio, fué al hotel Dambreuse á preguntar las señas de la señora Regimbart, envió á su casa un mandadero y conoció así el café que frecuentaba entonces el ciudadano.

Era un cafetillo de la plaza de la Bastilla, donde permanecía toda la tarde, en el rincón de la derecha al fondo, no dando más señales de vida que si formara parte del inmueble.

Después de haber pasado sucesivamente por la media taza, el grog, el *bischof*, el vino caliente y hasta el agua envinada, se había entre-



gado á la cerveza; y de media en media hora, dejaba escapar esta palabra: «Bock», habiendo reducido su lenguaje á lo indispensable. Federico le preguntó si veía alguna vez á Arnoux.

—No.

—Calla, ¿y por qué?

—Un imbécil.

La política quizás los separase, y Federico creyó hacer bien informándose de Compain.

—¡Qué bruto!—dijo Regimbart.

—¿Cómo es eso?

—Su cabeza de vaca...

—¡Ah! Dígame usted lo que es eso de la cabeza de vaca.

Regimbart se sonrió compasivamente.

—Necedades.

Federico, después de un silencio prolongado, preguntó:

—¿Con que ha cambiado de domicilio?

—¿Quién?

—Arnoux.

—Sí. Calle de Fleurus.

—¿Qué número?

—¿Acaso trató yo á los jesuitas?

—¡Cómo jesuitas!

El ciudadano contestó furioso:

—Con el dinero de un patriota que yo le dí á conocer, ese cochino se ha establecido como comerciante en rosarios.

—No es posible.

—Vaya usted á verlo.

Nada más exacto; Arnoux, debilitado por un ataque, se había inclinado á la religión; además, «siempre había tenido un fondo religioso,» y (con la alianza de mercantilismo y de ingenuidad que le era natural) para conseguir su salvación y su fortuna, se dedicó al comercio de objetos religiosos.

Federico encontró sin esfuerzo su establecimiento, cuya muestra era: *A las artes góticas.*—Restauración del culto.—Ornamentos de iglesia.—Escultura policroma.—Incienso de los reyes magos, etc., etc.

A los dos extremos de la vitrina se veían dos estatuas de madera, pintadas de oro, cinabrio y azul; un San Juan Bautista con su piel de borrego, y una Santa Genoveva, con rosas en su delantal y una rueca debajo del brazo; también había grupos de yeso; una hermana de la caridad enseñando á una chiquilla, una madre de rodillas junto á una cuna, tres colegiales delante de la sagrada mesa. El más bonito era una especie de *chalet* que figuraba el interior del retablo con la mula, el buey y el niño Jesús, colocado sobre paja, verdadera paja. De alto á bajo de los armarios, medallas por docenas, rosarios de toda clase conchas para agua bendita y los retratos de las glorias eclesiásticas, entre las cuales bri-



llaban monseñor Affre y el Santo Padre, ambos sonriendo.

Arnoux, en su escritorio, dormitando con la cabeza baja, prodigiosamente envejecido, y hasta tenía alrededor de las sienas una corona de granos rosados y el reflejo de las cruces doradas, brillantes por el sol, se fijaba en él.

Federico, ante aquella decadencia, se entristeció. Por adhesión á la Mariscala, se resignó, sin embargo, y se adelantaba, cuando en el fondo de la tienda se apareció la señora de Arnoux; entonces giró los talones.

—No le he encontrado—dijo al entrar en su casa.

Y al repetir que iba á escribir á su notario del Havre, para tener dinero, Rosanette se enfureció. No se había visto nunca un hombre tan débil, tan blando; mientras que ella sufría mil privaciones, los demás se regodeaban.

Federico pensó en la pobre señora de Arnoux, figurándose en la medianía lastimosa de su interior. Se fué á su escritorio, y como continuara la voz ágría de Rosanette, dijo:

—En nombre del cielo, cállate.

—¿Vas á defenderles, por casualidad?

—Pues bien, sí—exclamó—porque ¿de dónde procede ese encarnizamiento?

—Y tú ¿por que no quieres que paguen? Es por no afigir á tu antigua amiga, confíesalo.

Le dieron ganas de aplastarla con el reloj; las palabras le faltaron y se calló. Rosanette, siguiendo sus paseos por el cuarto, añadió:

—Voy á formarle proceso á tu Arnoux. ¡Oh! no te necesito—y pellizcándose los labios, dijo: «Yo consultaré.»

Tres días después, Delfina entró precipitadamente.

—¡Señora, señora!—ahí hay un hombre con un cacharro de cola, que me da miedo.

Rosanette fué á la cocina y vió un ganapan, con la cara señalada de viruela, paráltico de un brazo, tres cuartas partes de borracho y tartamudeando. Era el cartelero del Sr. Gautherot. La oposición al embargo se había desestimado, y llegaba la venta, naturalmente.

Por su molestia de subir la escalera, reclamó primeramente una copa; después pidió otro favor, á saber: billetes de teatro, creyendo que la señora era una actriz. Estuvo luego muchos minutos haciendo guiños incomprensibles con los ojos; y por último, declaró que mediante cuarenta céntimos, rompería las esquinas del anuncio ya puesto abajo sobre la puerta. Rosanette había sido designada por su nombre, rigor que demostraba todo el odio de la Vatnaz.

En otro tiempo había sido sensible, y harta de una pena de corazón escribió á Béranger pidiéndole consejo. Pero se había agriado al peso



de las borrascas de la existencia, habiendo, sucesivamente, dado lecciones de piano, presidiendo una mesa redonda, colaborado en periódicos de modas, subarrendado habitaciones, traficado en encajes en la sociedad de mujeres ligeras, donde sus relaciones le permitieron hacer favores á muchas personas, Arnoux entre otras. Antes trabajó en una casa de comercio.

Allí pagaba á las obreras, y llevaba para cada una de ellas dos libros, de los que conservaba uno siempre. Dussardier, que tenía por complacencia, el de una, llamada Hortensia Baslin, se presentó un día en la caja, en el momento en que la señorita Vatnaz traía la cuenta de aquella muchacha, 1.682 pesetas, que el cajero pagó. Pero la víspera misma, Dussardier no había inscrito sino 1.082 en el libro de la Baslin. Se lo pidió con un pretexto, y después, queriendo desterrar aquella historia de robo, le dijo que lo había perdido. La obrera repitió cándidamente su mentira á la señorita Vatnaz; ésta, para saber á qué atenerse, con aire indiferente, vino á hablar de ello al bravo dependiente; contentándose él con responder: «Lo he quemado» y no hubo más. Ella dejó la casa poco tiempo después, sin creer en la destrucción del libro, y figurándose que Dussardier lo guardaba.

A la noticia de su herida, corrió á casa de Dussardier con la intención de recuperarlo. Lue-

go, no habiendo descubierto nada, á pesar de las pesquisas más exquisitas, sintió respeto, y pronto amor por aquel muchacho tan leal, tan dulce, tan heróico y tan fuerte. Semejante fortuna á su edad era inesperada, y se arrojó á ella con apetito de ogro. Por ella abandonó la literatura, el socialismo, «las doctrinas consoladoras y las utopías generosas,» el curso que daba sobre la *Desubalternización de la mujer*, todo, hasta el mismo Delmar; y por fin ofreció á Dussardier que se unirían en matrimonio.

Por más que fuera su amante, no estaba él enamorado de ella; además, no había olvidado su robo; también era demasiado rica, así que rehusó casarse. Entonces, ella le dijo llorando los sueños que había formado: poner entre los dos un almacén de confección.

Poseía ella los primeros fondos indispensables, que se aumentarían con 4.000 pesetas en la próxima semana, y contó sus prevenciones contra la Mariscala.

Dussardier lo sintió por consideración á su amigo. Recordaba la petaca ofrecida en el cuerpo de guardia, las noches del muelle Napoleón, tantas agradables conversaciones, los libros prestados, las mil complacencias de Federico; así que rogó á la Vatnaz que desistiera.

Burlóse ella de su candidez, manifestando contra Rosanette una execración incomprensi-



ble; hasta no ambicionar la fortuna sino para aplastarla más adelante con su carroza.

Aquellos abismos de negrura asustaron á Dussardier, y cuando supo positivamente el día de la venta, salió. Al día siguiente, por la mañana, se presentó en casa de Federico con actitud embarazosa.

—Tengo que dar á usted satisfacción.

—¿Por qué?

—Debe usted tenerme por ingrato, á mí, por ella es...—Balbuceaba.—¡Oh! no la veré más, no seré su cómplice.—Y como el otro le miraba muy sorprendido: «¿No van dentro de tres días á vender los muebles de su amante de usted?

—¿Quién se lo ha dicho á usted?

—Ella misma, la Vatnaz; pero temo ofender á usted...

—Imposible, querido amigo.

—¡Ah, es verdad! ¡es usted tan bueno!

Y le alargó con mano discreta una carterita de badana, con 4.000 pesetas, que eran todas sus economías.

—¿Cómo? ¡Ah! no, no...

—Ya sabía yo que se ofendería usted—replió Dussardier con una lágrima en los ojos.

Federico estrechó su mano, y el excelente muchacho repuso con voz doliente:

—Acéptelas usted; deme usted ese gusto. ¿No ha concluído todo, además? Yo había creído

cuando llegó la revolución que seríamos felices. ¿Se acuerda usted qué hermoso era aquello? ¡Qué bien se respiraba! Pero estamos peor que nunca.

Y fijando la vista en el suelo, añadió:

—Ahora matan nuestra República, como han matado la otra, ¡la romana, y la pobre Venecia, la pobre Polonia, la pobre Hungría! ¡Qué abominaciones! Primero han destruído los árboles de la libertad, después restringido el derecho de sufragio, cuando los clubs, restablecido la censura y entregado á los curas la enseñanza, en espera de la Inquisición. ¿Por qué no? Los conservadores nos hacen desear á los cosacos. Se econdena á los periódicos cuando hablan contra la pena de muerte; París está repleto de bayonetas, diez y seis provincias en estado de sitio; y una vez más ha sido rechazada la amnistía.

Le cogió la frente con ambas manos, y separando luego los brazos como en un gran dolor, le dijo:

—¡Si se intentara, sin embargo! ¡Si estuvieran de buena fe, podríamos entendernos! Pero no, los obreros no valen más que los burgueses, sépalo usted. En Abloenf, recientemente, han reclamado su socorro en un incendio. Los miserables tratan á Barbés de aristócrata. Para que se burlen del pueblo, quieren nombrar presidente á Nadant, un albañil, ¿le parece á usted? Y no



hay medio, no tiene cura, todo el mundo está contra nosotros. Yo no he hecho mal jamás, y sin embargo tengo como un peso sobre el estómago; me volveré loco si esto continúa. Me dan ganas de hacerme matar. Le digo á usted que no necesito mi dinero; ya me lo devolverá usted, pardiéz, se lo presto á usted.

Federico, á quien apretaba la necesidad, acabó por tomar sus cuatro mil pesetas. Así que por parte de la Vatnaz, ya no había inquietudes.

Pero Rosanette perdió al poco tiempo su proceso contra Arnoux, y por terquedad, quiso apelar. Deslauriers se extenuaba en hacerla comprender que la promesa de Arnoux no constituía ni una donación, ni una cesión regular; ella ni aún escuchaba, hallando la ley injusta, porque ella era una mujer, era aquello y los hombres se sostenían unos á otros. Por fin siguió sus consejos.

Se violentaba Deslauriers tan poco en aquella casa, que muchas veces llevó á Sénécál á comer. Estas libertades desagradaron á Federico, que le adelantaba dinero y hasta le hacía vestir por su sastre, y el abogado daba sus levitas viejas al socialista, cuyos medios de existencia eran desconocidos.

Hubiera querido, con todo, servir á Rosanette. Un día que ella le enseñaba doce acciones de la Compañía del Kaolin (aquella empre-

sa que había hecho condenar á Arnoux por treinta mil pesetas), le dijo:

—¡Pero esto es mal negocio para él; soberbio!

Tenía derecho para citarle por el reembolso de sus créditos; probaría primeramente que venía obligado á pagar todo el pasivo de la Compañía, puesto que había declarado como deudas colectivas deudas personales, que había distraído, en fin, muchos efectos de la Sociedad.

—Todo esto le hace culpable de bancarrota fraudulenta, artículos 586 y 587 del Código de comercio, y le encerraremos, esté usted segura, monina mía.

Rosanette se arrojó á su cuello. La recomendó al día siguiente á su antiguo principal, no pudiendo ocuparse por sí mismo del proceso, porque necesitaba ir á Nogent. Sénécál le escribiría en caso de urgencia.

Sus negociaciones para la compra de un estudio era un pretexto. Pasaba el tiempo en casa del Sr. Roque, donde había empezado no sólo por elogiar á su amigo, sino por imitar sus maneras y lenguaje en cuanto era posible; cosa que le había valido la confianza de Luisa, mientras ganaba la de su padre desencadenándose contra Ledru-Rollin.

Si Federico no volvía era porque frecuentaba el gran mundo; y poco á poco Deslauriers



les contó que amaba á cierta persona, que tenía un hijo y que mantenía una criatura. La desesperación de Luisa fué inmensa, la indignación de la señora de Moreau no menos fuerte. Veía á su hijo hundido en el fondo de un abismo vago, se sentía herida en su religión de las conveniencias, y experimentaba por ello como una especie de deshonor formal; pero de repente cambió su fisonomía. A las preguntas que le hacían respecto de Federico, contestaba con aire maligno:

—Va bien, muy bien.

Sabía su matrimonio con la señora de Dambreuse. Se había fijado la época; y hasta pensaba él cómo hacerle tragar la cosa á Rosanette.

Hacia mediados de otoño, ganó ella su proceso relativo á las acciones de Kaolín; Federico lo supo encontrando á Sénecal en su puerta, que salía de la Audiencia.

Habían reconocido á Arnoux cómplice de todos los fraudes; y el expasante tenía tal aire de alegría por ello, que Federico le impidió ir más lejos, asegurándole que él se encargaría de su comisión cerca de Rosanette. Entró en su casa con la cara irritada.

—¡Ya estarás contenta!

Pero ella, sin fijarse en aquellas palabras, le dijo:

—¡Mira! Y le enseñó á su hijo acostado en

una cuna cerca del fuego. Le había encontrado tan malo por la mañana casa de su nodriza, que le trajo á París.

Todos sus miembros habían enflaquecido extraordinariamente, y sus labios se hallaban cubiertos de puntos blancos, que formaban en el interior de su boca como cuajarones de leche.

—¿Qué ha dicho el médico?

—¡Ah! el médico pretende que el viaje ha aumentado su... no sé ya, un nombre en *itis*... en fin, que tiene una úlcera, una llaga, un cáncer. ¿Conoces tú eso?

Federico titubeó en contestar: «Ciertamente» añadiendo que aquello no era nada.

Pero á la noche, se asustó con el aspecto débil del niño y el progreso de las manchas blanquecinas, parecidas á la putrefacción, como si la vida, abandonando ya aquel pobre cuerpecito, no hubiera dejado sino una materia en que brotara la vejetación. Sus manos estaban frías; no podía ya beber ahora; y la nodriza, otra que el portero había ido á buscar á la aventura en una agencia, repetía:

—Me parece muy caído, muy caído.

Rosanette permaneció de pié toda la noche. Por la mañana fué á buscar á Federico: «Ven á ver; ya no se mueve.» Con efecto, había muerto.

Cogióle ella, sacudióle, apretándole, llamándole por los nombres más dulces, cubriéndole



de besos y de sollozos, daba vueltas extraviada, se arrancaba el pelo, lanzaba gritos, y se dejó caer en el borde del diván, donde permaneció con la boca abierta, y una oleada de lágrimas caía de sus ojos fijos. Luego le sobrecogió un embotamiento y todo quedó tranquilo en la habitación. Los muebles andaban tirados; dos ó tres toallas; andaban también por los suelos; dieron las seis; se apagó la lamparilla.

Federico, mirando todo aquello, creía casi soñar. Su corazón se apretaba de angustia. Parecíale que aquella muerte no era más que un principio, y que detrás de ella había una desdicha más grande próxima.

De repente, Rosanette dijo con voz tierna:

—Le conservaremos, ¿no es verdad?

Deseaba hacerle embalsamar. Muchas razones se oponían á este propósito. La principal, según Federico, era que la cosa no podía practicarse con niños tan pequeños; valía más un retrato; idea que ella adoptó. Se escribieron dos letras á Pellerin y Delfina corrió á llevarlas.

Pellerin llegó á seguida, queriendo borrar con aquel celo todo recuerdo de su conducta. Primero dijo:

—¡Pobre angelito! ¡Ah, Dios mío, qué desgracia!

Pero poco á poco, dominándole el artista, declaró que no podía hacerse nada con aquellos

ojos borrados, aquella faz lívida, que era una naturaleza verdaderamente muerta, que se necesitaría mucho talento, y murmuraba:

—No es fácil, no es fácil.

—Con tal que sea parecido—objetó Rosanette.

—Me río yo del parecido ¡abajo el realismo! El espíritu es lo que se pinta. Déjenme ustedes. Voy á tratar de figurarme lo que esto debía ser.

Y se puso á cavilar con la frente en la mano izquierda, el codo en la derecha; luego dijo de repente:

—¡Ah! una idea ¡un pastel con medias tintas en color, pasadas casi á flor, puede obtenerse un hermoso modelado, en los bordes solamente.

Y envió á la doncella por su caja; después con una silla á los pies y otra cerca, empezó á trazar grandes rasgos, tan tranquilo como si hubiera trabajado en el modelado. Elogiaba los San Juanitos de Corregio, la infanta Rosa de Velázquez, las carnes lechosas de Reynolds, la distinción de LaUrence, y sobre todo, el niño de largo cabello que está en las rodillas de Lady Glower.

—Y por otra parte, ¿puede darse nada más encantador que esos escorzos? El tipo de lo sublime (Rafael lo ha probado en sus madonas) es quizás una madre con su hijo.



Rosanette, que se ahogaba, salió; y Pellerin dijo al punto:

—¿Sabe usted lo que pasa... con Arnoux?

—No; ¿qué?

—Así debía acabar; eso es aparte.

—Pero ¿qué es ello?

—Quizás á estas horas se halle... Perdona usted.

El artista se levantó para subir la cabeza del pequeño cadáver.

—¿Decía usted?—repuso Federico.

Y Pellerin entornando los ojos para tomar mejor sus medidas, contestó:

—Decía, que nuestro amigo Arnoux quizás se halle á estas horas preso.

Y después, con aire satisfecho:

—Mire usted un poco. ¿Es esto?

—Sí, muy bien. ¿Pero Arnoux?

Pellerin dejó su lápiz.

—Por lo que he podido comprender, se encuentra perseguido por un cierto Mignot, íntimo de Regimbart, buena cabeza este ¿eh? ¡Qué idiota! Figúrese usted que un día...

—No se trata de Regimbart.

—Es verdad. Pues bien, Arnoux debía reunir para ayer por la noche, doce mil pesetas, sino estaba perdido.

—Puede que haya en eso exajeración—dijo Federico.

—De ninguna manera; me parece el asunto grave, muy grave.

Rosanette volvió en aquel momento con los párpados enrojecidos, ardientes como placas de pintura, se acercó al dibujo y miró. Pellerin hizo un gesto que significaba que se callaba por ella; pero Federico sin hacer caso, añadió:

—Sin embargo, yo no puedo creer...

—Repito que le encontré ayer,—dijo el artista—á los siete de la noche calle Jacob. Hasta tenía su pasaporte, por precaución; y hablaba de embarcarse para el Havre, con toda su gente.

—¡Cómo! ¿con su mujer?

—Sin duda; es demasiado buen padre de familia para vivir enteramente solo.

—¿Y está usted seguro de eso?...

—¡Pardiez! ¿Dónde quiere usted que haya encontrado doce mil pesetas?

Federico dió dos ó tres vueltas por la habitación; jadeante, mordiéndose los labios, y por fin cogió su sombrero.

—¿Dónde vas?—dijo Rosanette.

No respondió y desapareció.

